

La necesidad de oír la palabra de Dios

4.12–13

Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta (4.12–13).

Las hermosas reflexiones de 4.12–13, les fueron escritas a una iglesia cansada. Ellas llegaron en un momento crucial del llamado del autor de Hebreos a esta cansada comunidad. Después de haberlos instado a permanecer fieles cuando estaban tentados a desertar, les dijo que la más grande necesidad de ellos es dejar que la palabra de Dios los confronte.

Estas ideas pueden parecernos increíbles a muchos de nosotros que buscamos maneras de llevarle vitalidad a una iglesia aletargada. El entusiasmo del autor por la palabra de Dios, parece resultarle ingenuo a muchos cristianos contemporáneos. En lugar de ver la palabra de Dios como la *respuesta* para una iglesia moribunda, muchos sospechan hoy día que ella es la *causa* de gran parte de nuestra apatía. Cuando llegamos a adultos, muchos de nosotros creemos que hemos sido inoculados con la Biblia. Si hay gente a la cual la Biblia no les resulta atractiva, puede ser que nosotros seamos en parte culpables de hacerla parecer aburrida. Hay una pasta de color negro con las palabras “Santa Biblia” impresas en oro. Adentro encontramos letras de tamaño microscópico a dos columnas paralelas por página. Alguien le ha puesto número a las oraciones —un

procedimiento que echaría a perder la más emocionante novela que usted alguna vez leyó.¹

Cuando usted menciona el estudio de la Biblia, es probable que reciba las siguientes reacciones: “Ya había oído todas las historias cuando cumplí los doce años”; “El estudio de la Biblia supone la memorización de detalles sin importancia que nada tienen que ver con mi vida”; “Tiene que ver con abrir la Biblia al azar para ver si puedo hallar alguna sabiduría especial”; “Tiene que ver con mirar el pasaje correcto con el cual puedo probar lo que quiero decir”. No es de extrañar, entonces, que parezca ingenuo que el autor de Hebreos le sugiera a una comunidad cansada que se deje confrontar por la palabra de Dios. Para nosotros, la Biblia ha llegado a ser impertinente, tediosa y aburrida.

Puede que estemos reaccionando negativamente con relación al estudio de la Biblia. Hemos visto tantas veces que la Escritura sea tan mal usada por personas cuyo único deseo es probar las ideas que ya tienen, que nos atemoriza la idea de introducirnos en el texto. Nos vemos tentados a insinuar que nosotros no tomamos la Biblia seriamente. Puede que adoptemos una actitud de ligereza hacia el tiempo de estudio de la Biblia. Puede que estemos usando este tiempo para cualquier cosa, excepto para la reflexión en las Escrituras, puede que estemos llenando el espacio con programas de estudio sobre temas en los que el contenido bíblico se mantiene al margen, o puede que estemos eligiendo temas que constituyen la moda actual. Para renovar a la

¹ David H.C. Read, *Overheard (De oídas)* (New York: Abingdon Press, 1969).

iglesia, parece más persuasivo hablar de lo que está ocurriendo ahora, en lugar de lo que ocurrió hace siglos. La palabra de Dios es viva y eficaz —todo lo contrario a lo que se nos ha llevado a creer.

VIVA Y EFICAZ

A nosotros, las palabras nos pueden parecer que no son de mucho valor. Hacemos promesas unos a otros, las cuales no tomamos muy en serio. Hacemos juramentos a Dios, los cuales fácilmente rompemos. Es fácil hacer que las palabras no signifiquen nada porque muy a menudo las hemos convertido en nada.

Pero Dios es diferente. Esto es lo que él le dice a Jeremías: “¿No es mi palabra como fuego,... y como martillo que quebranta la piedra?” (Jeremías 23.29). Nuestros compromisos pueden no tener valor, pero la palabra de Dios es duradera. “Sécase la hierba, marchítase la flor; mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre” (Isaías 40.8).

Los primeros lectores de otro memorable pasaje de Isaías debieron haberse preguntado si es que todas las promesas de Dios habían fracasado. No veían razón para continuar creyendo. Su tierra había quedado desolada, y su pueblo le había vuelto la espalda a Dios. Fue entonces que el profeta dijo:

Porque como desciende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra, y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié (Isaías 55.10–11).

La historia de la Biblia tiene que ver con hombres y mujeres que algunas veces no tenían nada que los sustentara excepto una promesa. Ellos a menudo parecían estar a punto de sucumbir. Sara se rió de la idea de que Dios cumpliría Su promesa. Abraham debió haber estado perplejo cuando subía hacia el monte de Moriah a sacrificar a su hijo Isaac. Elías debió haber viajado al monte Horeb, teniendo la certeza de que la causa de Dios se había perdido, pues creía que él era el único fiel que quedaba. Los israelitas lloraron en Babilonia por el fracaso de los propósitos de Dios. Pero la promesa no se extinguió. Parecía que sí se había extinguido, incluso en el Calvario, pero Dios hizo nacer la esperanza de la desesperanza. Tal como Pablo les dijo a los Corintios: “... porque todas las promesas de Dios son en él Sí...” (2 Corintios 1.20).

UN FINAL FELIZ

La Biblia no es un libro de miles de versículos

aislados. Ella tiene que ver con el Dios cuya palabra es “viva y eficaz”, el que nos ofrece para nuestras vidas una promesa. Los lectores de Hebreos habían dado señales de aburrimiento, las cuales también hemos visto en la vida de la iglesia. Pero el escritor les recuerda que es el desafío de las Escrituras lo que nos estimula y nos alienta. El Dios que una vez le hizo una promesa a Abraham y a Moisés, le ofrece la misma promesa a su iglesia hoy día. Puede que al igual que Elías o Sara nos frustremos en ciertos momentos, pero las Escrituras nos recuerdan que la palabra de Dios es “viva y eficaz”.

Tenemos razones válidas para estar preocupados, pues gran parte de nuestro material de lectura y de nuestro entretenimiento se centra en el tema de la desesperanza y del caos de la vida. En lugar de los antiguos filmes, donde la belleza y la verdad siempre salían victoriosos, hoy día se nos tiene acostumbrados a un régimen regular en el que la lucha de las fuerzas del bien es en contra de invencibles factores del mal. Vanamente deseamos que ocasionalmente haya un final feliz.

En la obra *Daniel Martin* de John Fowles, el héroe-dramaturgo reflexiona sobre su arte. “Él pensó, por ejemplo,... en cómo a través de toda su vida como escritor, tanto como dramaturgo así como escenarista, él había evitado los finales felices, como si éstos fueran de algún modo, un indicio de mal gusto”. Cuando consideraba cómo terminar una historia, se le venía a la mente que “había llegado a ser ofensivo... el insinuar públicamente que todas las cosas iban a salir bien en el mundo”. El régimen regular de novelas, obras de teatro y películas, al que se nos tiene acostumbrados hoy día, parece reflejar un punto de vista parecido; sería de mal gusto el sugerir que las cosas llegan a salir bien.

En la Biblia las cosas salen bien, y las personas que son inundadas con el mensaje de la desesperanza necesitan ser refrescadas con la palabra de esperanza que proviene de la Escritura. Una iglesia cansada necesita oír acerca del final feliz de la Biblia.

La epístola de Pablo a los romanos habla de la esperanza que la Escritura proporciona: “Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza” (Romanos 15.4). La desesperanza y el caos no son los que tienen la última palabra en la Biblia. Es probable que esta sea la razón por la que la iglesia puede ser la única comunidad que no ha perdido su esperanza en una sociedad en la que somos abrumados con

palabras de desesperanza. En las Escrituras descubrimos al Dios cuya palabra es “viva y eficaz”.

Los cristianos primitivos fueron sustentados principalmente por la convicción de que el hilo que recorría toda la Biblia era la palabra de la promesa. Ellos recordaban que Dios les había hecho promesas a Abraham (Génesis 12.2) y a David (2 Samuel 7.10–17). Cuando Jesús vino, ellos reconocieron que Dios había cumplido Su promesa. Pablo les dijo a sus oyentes en un discurso: “Y nosotros también os anunciamos el evangelio de aquella promesa hecha a nuestros padres, la cual Dios ha cumplido a los hijos de ellos, a nosotros, resucitando a Jesús;...” (Hechos 13.32–33). Las buenas nuevas son la palabra “que él había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras” (Romanos 1.2). La Escritura les resultó “viva y eficaz”, pues ella demostraba que Dios cumple Su palabra.

“MÁS CORTANTE QUE TODA ESPADA DE DOS FILOS” —CIRUGÍA DIVINA

La palabra de Dios no sólo es palabra de esperanza. Es obvio, que algunas veces necesitamos palabras de esperanza más que de cualquier otra cosa. Pero hay otro aspecto de la Escritura. Ella es “más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (4.12). Las imágenes sugieren un fino instrumento, especial para cortar —una espada de dos filos. Penetra y corta. La Biblia no es sosa ni aburrida. No es un arma que se haya de usar contra otros. Ella realiza cirugía, pero se trata de la cirugía de nosotros mismos.

Cuando leemos la Biblia, descubrimos que ella nos está realizando cirugía. Somos expuestos, “todas las cosas están desnudas y abiertas” delante de ella. Somos confrontados con “aquel a quien tenemos que dar cuenta”. La palabra griega que se traduce por “abiertas” (*tetrachelismena*) es el término que se usa para referirse al animal para el sacrificio, al cual se le descubría su cuello. No recurrimos a la Biblia con el único fin de confirmar nuestros prejuicios. La Biblia es más bien como el bisturí en manos del cirujano, el cual nos expone, o como el espejo que muestra nuestros defectos cuando preferimos no verlos. En efecto, la Biblia es nuestro más implacable crítico. Bien podríamos traducir las palabras de 4.12, de la siguiente manera: “crítico de los pensamientos y las intenciones del corazón”. En la Today’s English Version se lee: “Ella juzga los pensamientos y las intenciones del corazón”.

Las cartas de Pablo fueron escritas precisamente

porque algunas personas habían distorsionado la fe y necesitaban ser corregidas. Las cartas de Juan también fueron dirigidas a personas que habían malentendido y distorsionado la fe. Leander Keck escribió: “Nos engañamos a nosotros mismos cuando pensamos que los primeros lectores trataron cada nueva obra como un regalo del cielo”. Las palabras sirvieron de crítica para las vidas de ellos.

Puede que nos parezca que las historias del Antiguo Testamento son apropiadas solamente para los niños. Pero si nosotros las leemos atentamente notaremos que ellas constituyen una serie de críticas del comportamiento del pueblo de Dios. Tal vez el pueblo quiso salirse con la suya. Pero si la religión de ellos hubiera sido lo que debía haber sido, no habría habido necesidad de que la palabra del profeta realizara su cirugía en el pueblo.

El autor de Hebreos da a entender claramente que la palabra de Dios está todavía viva, y todavía realiza su cirugía. Cuando leemos la historia de los desertores espirituales del desierto, debemos dar cuenta de nuestras propias vidas espirituales. Somos incluidos en la historia y somos advertidos porque a nosotros también se nos ha anunciado la buena nueva (4.2). Podría ser que prefiriéramos simplemente una palabra de felicitación por el éxito de nuestras vidas cristianas. Pero nosotros, al igual que los receptores originales de la palabra del Señor, somos juzgados y criticados por aquel “a quien tenemos que dar cuenta”.

¿YO ESTOY BIEN? ¿TÚ ESTÁS BIEN?

Hay muchos dentro de nuestra cultura que no desean rendirle cuentas de nada a nadie. Lo único que parece importarnos es que nuestras necesidades sean llenadas. Nos mantenemos a distancia de nuestros compromisos con nuestros familiares y amigos porque ellos podrían impedir nuestra autorrealización. Si la filosofía imperante es el “Yo estoy bien. Tú estás bien”, o el “Yo hago lo que me venga en gana. Tú haces lo que te venga en gana”, entonces el énfasis es en una vida sin normas, una vida en la que nadie nos pide cuenta de nada. Todo lo que deseamos es una palabra que nos diga que estamos “bien”. Henry Fairlie dice en su obra *The Seven Deadly Sins Today* (*Los siete pecados mortales de hoy día*) que uno de los aspectos que tienen en común los representantes del movimiento del potencial humano es que “a pesar del aparente énfasis que ponen algunos de ellos en las disciplinas de autosuperación, el autoexamen y la autocorrección que se exigen son baladíos”.

Hay algunos dentro de la iglesia hoy día que se

ven tentados a permitir que su fe simplemente se convierta en una organización más del movimiento del potencial humano, la cual ha sido concebida para decirnos que estamos “bien”. Elmer F. Suderman imaginó la visión que un ministro tiene de la vida de la iglesia, de la siguiente manera:

Aquí están
mis mimados ostentadores,
por el estatus consentidos, quienes traen
con exquisito gusto
sus almas impecablemente limpias
protegidas por desodorante Ban,
sus corazones jóvenes y alegres
engalanados con generosos cumplidos,
que a mi llamado al servicio pasan
del susurro a la adoración
del chisme a Dios
de la televisión a la teología.

Bautizados en el olor
de Channel clásico
les facilito su inclinación
ante un garboso Dios,
el cual, ellos están seguros,
es una gema reluciente
que les va magníficamente a ellos.

No son palabras de gracia barata las que sustentan la vida de la iglesia. Es la confrontación con la palabra de juicio de Dios, la cual nos llama al arrepentimiento y a dar cuenta. Necesitamos tiempo para escudriñar las palabras de la Escritura

y para reflexionar en ellas. Si no apartamos tiempo para esto, correremos el riesgo de caer bajo la influencia de modas que vienen y van. Puede que nos olvidemos de nuestra identidad si no hay palabra que nos pida cuentas de nuestra vida.

Agustín, el gran teólogo de principios del siglo quinto, siendo niño vivía indeciso entre su madre cristiana y su padre pagano. Siendo joven experimentó con varias filosofías, cediendo durante todo este tiempo a la inmoralidad y al libertinaje. Pero al final, después de varios años de experimentación, él se arrepintió de sus antiguas sendas. Dijo que un gran cambio de rumbo de su vida ocurrió cuando oyó la lectura de Romanos 13.12-14:

La noche está avanzada, y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz. Andemos como de día, honestamente; no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias, no en contiendas y envidia, sino vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne.

Fue como si esas palabras se las hubieran dirigido a él. Le confrontaron su estilo de vida y lo llamaron al arrepentimiento.

La palabra de Dios todavía realiza hoy Su cirugía divina. Y a menos que nos sometamos a la cirugía de Su palabra, la iglesia dejará de ser Su iglesia. ■

La aplicación de la Escritura a la vida

La honradez es suprema

Uno de los mejores cumplidos que alguna vez se le haya hecho a un hombre, me parece que fue el que se le hizo a Wayne B. Wheeler, el que una vez fue presidente de la Anti-Saloon League. Era un abogado astuto y capaz. Alguien dijo de éste, que él jamás perdió un caso ante la Suprema Corte. Cuando el escritor procedió a dar la razón para lo anterior, no mencionó las extraordinarias habilidades y destrezas del señor Wheeler, a pesar de que tenía ambas. “Él jamás perdió un caso”, declaró el escritor, “porque todos y cada uno de los jueces del tribunal sabían que él diría la verdad en la medida que ello fuera humanamente posible”. ¡Cuán magnífico! Él fue un hombre sincero.

Salvar el mundo

George MacLeod se quejaba una vez que no hay nada en la iglesia de la actualidad, que haga

que el mundo tenga deseos de crucificarla. Es un comentario que causa tristeza el decir que aquellos que una vez “trastornaron al mundo” (Hechos 17.6), se han adaptado tanto al mundo, que ya este no los toma en cuenta.

Sentir lo mismo que los demás

Tal como Robert Burns lo dijo una vez: “El sufrimiento es como el amor; para hablar su idioma verdaderamente, el autor debe haberlo sentido”.

Al salir...

El propietario de ciertos grandes almacenes tiene detrás del mostrador, en un lugar donde sólo puede ser visto por sus vendedores, el siguiente lema: “No es lo que viene buscando el cliente lo que importa, sino lo que se lleva”. Es lo mismo con nuestra asistencia a los servicios de adoración de la iglesia.